



RECUERDOS

POR DAVID MARIA TELLECHEA

El sol comenzaba a descender. Lo veía frente a mí, cerca ya de la loma donde surgía, recortado en el azul de la tarde, el caserío «Galtzaraborda».

Recostado en mi cuna-cama, atisbaba, tras los barrotes del balcón, el vaivén rumoroso del maizal. Un perro, fogoso e intranquilo, correteaba, blanco y jadeante, por la senda que discurría al pie de la huerta.

Golondrinas chirriantes evolucionaban alocadas en eterna persecución.

Un estrépito de hierro, hizo que levantara la vista y me fijase con atención en el tren que entraba en la estación. Paró ruidosamente, con un bufido de aire comprimido.

Pronto la calle que descendía de la estación se llenó de colores. Azules, verdes, blancos, se movían hormigueantes. Al rato, el tren partió de nuevo. El eco de su metálico respirar se perdió en el silencio. Y de nuevo las golondrinas, el perro que quedó en suspenso con las orejas tiesas y los maíces reanudaron sus quehaceres.

El aire tibio y perfumado trajo en volandas el dulce y acompasado sonido de una esquila. Las agustinas, pensé yo.

Dos moscas se posaron en mi frente. Un enérgico manotazo las ahuyentó. Mas ellas, pertinaces, volvieron a la carga.

Un gorrión se posó sobre una maceta de geranios. Intenté asustarlo con mis voces, ya que comenzó a picotear en ella. Mas el muy ladino, sabedor de mi impotencia, continuó picando las flores, piando burlesamente.

En la lejanía, casi junto a San Marcos, se oyó un pitido prolongado. Me puse a escudriñar los campos que se extendían más allá de Gaztaño. Pero nada, el verdor permanecía quieto, inmóvil. Al fin, el pitido se difuminó. Nunca conseguí distinguir aquel tren misterioso, que yo me imaginaba mucho más grande y poderoso que el «topo».

Ya el sol tocaba «Galtzaraborda». Las golondrinas habían cesado en su loco vaivén. El perro había desaparecido. Y hasta el aire, adormecido tal vez, dejó de soplar. La huerta estaba tranquila. El cielo azul comenzó a teñirse de rosa. Y las pocas nubes que lo tachonaban de gris y fuego a la vez.

Me recosté en la almohada. Cerre los ojos...

De súbito, un cohete estalló en el cielo. Me reincorporé asustado. Vislumbré un penacho de humo que ascendía raudo. Luego vino el fragor de multitud de estallidos. La atmósfera olía a pólvora.

El perro volvió a aparecer corriendo por la senda. Sus ladridos eran de furia. Las golondrinas volvieron a chirriar, revoloteando desquiciadas. Y hasta el viento volvió a soplar, meciendo los maíces.

A lo lejos, se oían gritos y voces. Y también los armoniosos sonos de una banda de música. Las campanas de la parroquia comenzaron a girar gozosas, esparciendo por doquier los metálicos estallidos de sus férreas panzas.

Llegó otro «topo» y la algarabía fue total.

Era 21 de julio.

Estábamos en Magdalenas.